

Estas últimas frases sublevaron un grito general, y mu tipicadas interpe-laciones.

—¿Qué es esto?—¿Despedidas?—Por qué pues?—¿Tú te vas?

—¡Ay, sí; os abandono, camaradas! Voy á procurar vivir en otra parte..... porque no tengo recursos para poder vivir aquí.

—¿Cómo es eso?

—Eso es muy fácil de comprender. Mi padre, el baron de Neuberg era un bizarro militar que no tenia otra cosa que su paga; despues de su muerte, mi madre tenia la pension de viuda... y despues de la muerte de mi buena madre,—aquí la voz de Federico tembló á pesar suyo,—yo, repuso con tono firme, no tengo nada.

Hubo un momento de penoso silencio, y los jóvenes se miraron unos á otros. Pero si los corazones eran buenos, las bolsas no eran pesadas, y nadie habló.

—He buscado un empleo, dijo Federico con el mismo tono. Creí al principio que el gobierno podria pagar los servicios del hijo, puesto que habia tomado la vida del padre; me habia engañado. El ministro me ha despedido duramente, diciendo que habia mas pretendientes que destinos. En la ciudad no he hallado ocasion de ocuparme en nada.—Ahora bien, como no quiero vivir de prestado ni de industria, tomo el partido de retirarme. Ahí está la tierra que no tiene jamás brazos de sobra. Confio que he de encontrar medio de emplear los míos para poder vivir, pobre, sin duda, pero honradamente tambien...—Por consiguiente, queridos camaradas, ¡me despido de vosotros y os deseo mejor fortuna que la que ha tenido hasta hoy Federico Neuberg! Concluidas estas palabras se sentó.

—A fe mia, dijo Ludwig, despues que Federico se hubo sentado, si la tuvieras tan buena como nosotros te la deseamos, no tendrias falta de nada. Desgraciadamente todos estamos con-

denados á buenos deseos. La bolsa del estudiante no es como la de Fortunato; mas veces está vacía que llena... y la mia está en este momento como esta botella... enteramente agotada.

—Mi querido Ludwig, contestó Federico con calma, jamás hubiera dudado de tu buena voluntad, pero estaba decidido á no servirme de ella. Jamás me resolveré á vivir de limosnas ni préstamos, aunque fuera la amistad quien me los ofreciera. Mi decision está tomada, mi maleta hecha... mañana me marchó.

—¡Mañana! respondieron muchas voces juntas.

—¡Mañana!... á no ser que.. El hombre propone y Dios dispone. El porvenir no es nuestro.

—¡Quién sabé, con efecto! replicó un estudiante riéndose; quizás va á heredar, y mañana será millonario.

—Va á tropesar con la bolsa de Fortunato, de que se hablaba antes, dijo otro.

—Queridos amigos, el tiempo de magias y talismanes ha pasado. Yo he leido que para ser rico y feliz, habia dos: la pureza de la conciencia y el valor del trabajo. A Dios gracias yo los poseo, y los poseeré siempre. Así mi porvenir me inquieta poco. No espero mucho, pero no temo en cambio nada.

—¡Viva! Eso, querido Federico, no nos impedirá de beber á tu salud... y creo que, por extraordinario y sin renunciar á tus costumbres acuáticas, nos darás la razon. Tú sabes que mientras queda una gota en la botella de la *antigua casa* de Ludwig, un pedazo de carne en su plato, y una bocanada que despedir de su pipa, siempre estará dispuesto á dividirlos contigo. Así, echa fuera el mal humor, y bebamos con alegría á la salud del viajero.

Diciendo estas palabras, desocupó la botella en su vaso. Todos hicieron lo mismo por la vez postrera.

Despues de este brándis, todos los estudiantes dieron un apretón de manos á Federico, le pidieron que no los olvi-